

-¡Oíd! -¡ Yo soy el que hizo la tierra!
¡Yo soy el creador de las montañas!, decía Zipacná.
-¡Yo soy el que sacude el cielo y muevo toda la tierra!
¡Yo derribo las montañas!, decía Cabracán.
POPOL VUH.

I

MI PRIMER ARTICULO EN "EL DIARIO DE HOY"

- 1) A la temprana edad de quince años¹ me inicié en el ejercicio de la noble carrera de las letras y durante un lapso, ahora ya mayor de cuatro décadas, he realizado en el país una contribución más o menos significativa en la cultura del pueblo salvadoreño.

Cuando se ha recorrido un trayecto así y la siega ha producido una cosecha fecunda en realizaciones - llevo publicadas más de 25 obras científicas y millares de artículos, ensayos y monografías-, es imposible que un autor quede marginado en el anonimato ni diferido al olvido o a la indiferencia popular. Quién más, quién menos, tiene en la república de las letras sus propios o asiduos lectores, es decir, un mayor o menor aprecio en la consideración de los demás. Alcanzar un mérito grande, en este orden, es la aspiración de todo escritor.

- 2) En el Instituto Nacional "Gral Francisco Menéndez", bajo la dirección del Cnel. e Ing. Carlos Mejía Osono, los alumnos de 1936 organizamos la Sociedad de Estudiantes del Instituto Nacional, cuya sigla A. D. E. I. N., sirvió también de título a la revista que publicamos como órgano de divulgación de nuestras inquietudes juveniles.

No recuerdo cuántos números se editaron, mas tengo por cierto que no llegaron al número de dedos de la mano; pero en los tres primeros publiqué, con los títulos y fechas siguientes, mis primeras producciones literarias: "ENTREVISTA CON LA SEÑORA SIGUANABA" (24 de agosto de 1936), "EL DIOS TZIPITZ" (17 de noviembre de 1936) y "AH NAXITL KUKULCAN O UNAC CEEL" (20 de abril de 1937), que comprueban mi temprana vocación por la historia y la antropología cultural.

Claro que estos artículos, de principiante, carecían de valor literario y científico; y sin embargo, más con genuina que con supina ignorancia se afirmó que yo estaba publicando artículos inéditos de mi difunto progenitor, cuando cualquier persona de mediana cultura habría advertido que aquellos pininos, en el campo de las letras, no podían tener el origen que gratuitamente se les atribuía.

Dispuesto a soportar cualquiera inequidad y cuántas burdas difamaciones surgieran, proseguí acatando sólo los dictados de una vocación irrenunciable

- 3) En principios de mayo de 1937, poco después de cumplir mis 16 años, escribí una leyenda. La intitulé: "ACIHUAT: LA MUJER DE LAS AGUAS". Pulí el texto hasta donde me daban mi inspiración y pocas

¹ Jorge Lardé y Larín, hijo de los profesores Jorge Lardé Arthés y Benigna Larín Cea, nació en el barrio San Lorenzo de la ciudad de Santa Ana, el 31 de diciembre de 1920. J. L. y L.

luces culturales; y en una máquina Remington, más vieja que el siglo XIX, con los dedos índices más erectos y tiesos que los minaretes, realicé la proeza de transcribirla en términos legibles.

Yo había oído hablar en casa de D. Napoleón Viera Altamirano², como amigo muy entrañable de mi difunto padre; y desde meses atrás leíamos con interés la hoja periodística, con formato revolucionario e ideología centroamericanista, que editaba con el nombre de EL DIARIO DE HOY.

Con mi artículo me encaminé al periódico, ubicado sobre la 8ª C. O., dispuesto a entrevistarme con D. Napoleón. Cuando subí las pocas gradas que separaban la acera de la primera planta del edificio, las extremidades destinada? a la bipedestación me trepidaban como dos cañafistulas agitadas por el huracán.

Había allí unas máquinas de imprenta; hombres laboriosos y una división baja y de madera, con una puerta sobre cuyo dintel se leía: Dirección, y tras el débil cancel se oía el tableteo de una máquina de escribir. El ordenanza anunció al Sr. Altamirano que deseaba hablar con él un desconocido: "Jorge Lardé, hijo". Con una rapidez y cortesía, que siempre he estimado, ordenó que pasara a su despacho. Ante mí, un hombre en el vigor de la vida, alto, con unos ojos vivos y brillantes tras unos espejuelos circulares. Me recibió cordialmente, y luego expliqué el motivo de mi visita. Entregué mi artículo expresando el deseo de que fuese publicado, si es que tenía algún valor. D. Napoleón dio un rápido vistazo a su contenido; prometió publicarlo en la primera ocasión. Recuerdo que esto ocurría un día viernes, como a las tres de la tarde.

Mi artículo, que feché el 8 de mayo de 1937, tenía el siguiente encabezamiento: "Leyendas Pipiles. ACIHUAT: LA MUJER DE LAS AGUAS. Especial para "EL DIARIO DE HOY". Por Jorge Lardé, h "; y para inmensa felicidad mía, apareció en la edición del 11 de mayo de 1937, Año II, ? 305.

Escribí posteriormente otros artículos y en el que publiqué en EL DIARIO DE HOY, el 10 de septiembre de 1937, Año II, N° 407, con el título "LA CREACIÓN DEL ARCHIVO GENERAL DE DOCUMENTOS DE EL SALVADOR" y datado en San Salvador el 6 de dicho mes y año. Usé por primera vez mi nombre literario: "Jorge Lardé y Larín", que por su eufonía y como un homenaje también a mi progenitor, he conservado.³

Yo siempre he recordado el estímulo de D. Napoleón Viera Altamirano. Creyó en mis posibilidades. Sabía que yo no estaba saludando con sombrero ajeno. Los mayores deben alentar a los jóvenes y no mutilar, con perversidad, las alas que agitan para emprender el vuelo. Yo recibí en mi juventud similares estímulos de dos de mis grandes maestros: el Dr. Rafael González Sol y el Prof. Marcos Alemán. A cuarenta años de distancia, asocio estos tres nombres en el recuerdo y el agradecimiento, ahora que no puedo solazarme de la estupidez de aquellos sabihondos, que en la pira de su ignorancia, pretendieron impedir que yo cumpliera mi propio destino: consagrarme al estudio de la historia y la antropología cultural.

San Salvador, 8 de mayo de 1977.
(Tomado de "El Diario de Hoy", de 8 de mayo de 1977).

II EN LOS ALBORES DE OTRO GRAN DILUVIO UNIVERSAL

² D. Napoleón Viera Altamirano nació en La Unión el 22 de julio de 1893 y falleció en San Salvador el 9 de agosto de 1977. Indiscutiblemente era el más ilustrado y competente periodista no sólo de El Salvador sino de todo Centro América J. L. y L.

³ El gran poeta guatemalteco y exquisito amigo D Manuel José Arce y Valladares, en el diario "La Tribuna" que dirigía D José Quetglas, y del cual aquél era Jefe de Redacción y yo Jefe de Información, me endosó en 1946 el "Larderín", que usé en pocas y volanderas crónicas, haciendo de mis apellidos una elisión como la que inmortalizó mi tío político Salvador Salazar Arrué: el mundialmente renombrado "Safarme". J. L. y L.

- 1) Sorprendido y perplejo, más fijo aun que la nevada cima del Monte Ararat, debió quedar el capitán Gil González Dávila cuando el cacique Nicarao, hombre bárbaro, medio desnudo y sin letras pero de perspicaz inteligencia, le preguntó "si tenían noticias los cristianos del gran Diluvio que anegó la tierra, hombres y animales, y si había de haber otro; si la tierra se había de trastornar o caer el cáelo".

No sólo a través del poema épico sumerio del Guilgamesh y del relato bíblico del Génesis ha llegado al hombre moderno la memoria del gran Diluvio Universal. La creencia respecto a este fenómeno extraordinario de la tierra, se ha transmitido en los pueblos ágrafos o preliterarios por versión oral de padres a hijos, de generación en generación, como algo que realmente ocurrió y no como mero producto de la fantasía milenaria de los hombres que acuñaron las más estupendas cosmogonías.

Hará alrededor de unos 12.000 años, que los glaciares de Wurm y de Wisconsin, que sepultaron bajo montañas de nieve las regiones hiperbóreas de Eurasia y América, se comenzaron a derretir al cambiar las condiciones de clima en el mundo y sus excesos principiaron a anegar los dilatados litorales y asimismo los istmos que ligaban a Inglaterra con Francia, a Italia con Túnez a través de Sicilia y Malta, a los Balcanes con Anatolia, a Ceilán con el Decán, a las Islas de la Sonda con la península de Malaca, a Siberia con Alaska, al Gran Arco Antillano con Yucatán y Florida, etc., etc.

Todo, en el mundo de aquellos remotos períodos, estaba sujeto a profundos cambios: la tierra huía de la última gran glaciación y advenía, en la historia geológica del planeta, el cuarto período interglacial.

- 2) Como consecuencia de tales cataclismos atmosféricos se decupló el caudal de los ríos y las aguas acumuladas en el fondo de los valles de taponamiento formaron lagunas y pantanos.

A medida que los climas eran más benignos, el hombre prehistórico abanderó las cavernas y construyó refugios o cobertizos al aire libre, se multiplicaron los poblados y se produjo la primera "explosión demográfica" que contemplaron los siglos pretéritos; y los hombres, que vivieron en el alba de la nueva era, agotaron rápidamente las piezas de caza. Así desaparecieron de la fauna de la América del Norte los mastodontes y mamutes, los hipariones y los dromedarios, etc.; y en la vera de los ríos y en las orillas de las lagunas y pantanos se formaron las primeras aldeas de pescadores -la civilización de los palafitos-, en tanto que en las reducidas playas que dejaban los mares al aproximarse más y más a los sistemas montañoso, los "desperdicios de cocina" -la civilización de los kokkenmodings-, atestiguaron los más importantes estacionamientos del hombre del Neolítico.

En fin, en una edad imprecisa, tal vez hacia el sexto milenio a. de J.C., cuando los hielos en un postrer conato trataron infructuosamente de poner un ¡hasta aquí! a la honda perturbación atmosférica que conmovía al orbe, se produjo el Diluvio Universal, en una época en la que el hombre ya había domesticado los primeros animales y cereales, resolviendo la correlación de densidad demográfica y medios de subsistencia, sin recurrir a adminículos ni a otros procesos de "control de la natalidad".

¡Qué terrible y patético el relato del Génesis! "Aquel día fueron rotas todas las fuentes del grande abismo, y las cataratas de los cielos fueron abiertas, y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches... Y las aguas subieron mucho sobre la tierra; y todos los montes altos que había debajo de todos los cielos, fueron cubiertos ."

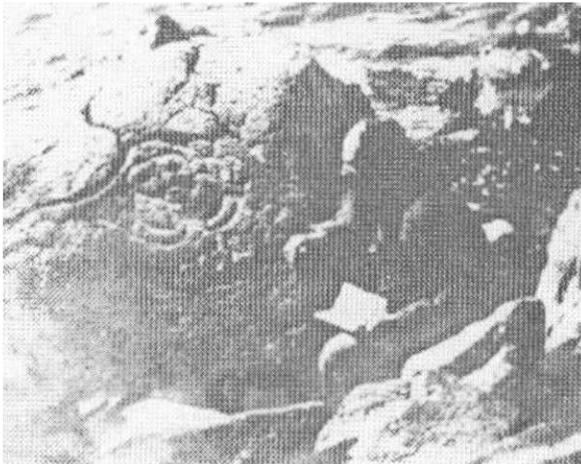
¡Pavorosa fue la destrucción de la humanidad y de todas las formas vivientes, "y prevalecieron las aguas sobre la tierra ciento cincuenta días"!

Elegido por Jehová, apunta el Génesis, el padre Noé, su mujer, sus hijos y sus nueras, las parejas de animales por él escogidas, pudieron subsistir gracias al Arca que desafió todos los embates de aquel copioso llover, hasta anclar sobre la cumbre más elevada del Monte Ararat.

¡Triste era el espectáculo de la tierra sumergida en las aguas! Ni el cuervo ni la paloma míticos, las aves mensajeras de Noé, hallaron al principio un lugar donde posar!

- 3) Las noticias científicas de los últimos años, especifican que la tierra está entrando lenta pero seguramente a una quinta glaciación. Los cambios atmosféricos son evidentes. Las ondas frías producidas por trastornos ciclónicos en el Hemisferio Boreal, se hacen sentir con mayor intensidad; y en el borde Sur del Sahara, una faja de inestabilidad climatológica ha producido la muerte de la vegetación y de la fauna, el despoblamiento y migración de los pueblos, como preludiando que la Madre Tierra, que el Dios del Génesis "vio que era bueno", está en los albores de otra edad de los glaciares, en los primeros pasos de un futuro y aun lejano Diluvio Universal.

(Tomado de "El Diario de Hoy", de 6 de enero de 1976).



PETROGRABADO DE IPALTEPEQUE

El sabio salvadoreño D. Jorge Lardé, en la gráfica, descubre y examina en febrero de 1924, acompañado del sabio alemán D. Carlos Sapper, la célebre "Piedra del Sol y de la Luna", en el islote de Ipaltepeque (Lago de Guija).

Foto de 1924. Tomada por el Dr. Arcadio Rochac Velado.

III

CUANDO NOE TOCO TIERRAS SALVADOREÑAS

- 1) El Códice Chimalpopoca, el Popol Vuh y otros textos y tradiciones locales de los aborígenes precolombinos de América, recogieron, como eco de un pasado que no muere, la tradición del Diluvio Universal

Bien relata el Popol Vuh, con la suprema belleza de un lenguaje sencillo, que "una inundación fue producida por el Corazón del Cielo⁴; un gran diluvio se formó, que cayó sobre la cabeza de los hombres de madera... se obscureció la faz de la tierra y comenzó una lluvia negra, una lluvia de día, una lluvia de noche..."

"A toda prisa corrían, desesperados, (los hombres de madera); querían subirse sobre las casas y las casas se caían y los arrojaban al suelo; querían subirse sobre los árboles y los árboles los lanzaban a lo lejos; querían entrar en las cavernas y las cavernas los rechazaban".

¡Tales las angustias y las desesperanzas de los hombres americanos de la alta antigüedad, que coexistían con especies de una fauna ahora hace siglos extinguida, cuando ocurrió el gran Diluvio Universal!

⁴ El Popal Vuh designa al ser supremo o "Corazón del Cielo" con el nombre Qabauil, según se lee: Quehecut xax qo-vi ri can, qo naipuch u Qux cah, are u bi ri Qabauil ch'u chaxic ("He aquí como existe el cielo, como existe también el corazón del cielo; tal es el nombre de Dios, así se llama")

- 2) Los pueblos nahuas o nahoas (aztecas, pipiles, niquiranos, etc.), que se diseminaron en la vertiente pacífica desde Sonora hasta Nicaragua, rememoraban claramente el episodio de los copiosos e incontrolables temporales e inundaciones, y llamaban los mexicanos, Coxcox, y los yaquis o pipiles, Cuzcuz, al Noé del Nuevo Mundo.

El historiador mexicano Francisco Javier Clavijero, S. J., inspirándose en un sentimiento piadoso y no en un criterio científico, articuló ciertas tradiciones indígenas con la cosmogonía bíblica, y de su "Historia Antigua de México", originalmente publicada en italiano, son los siguientes párrafos:

"Los mexicanos llamaron a Noé Coxcox".

"Decían que habiéndose ahogado el género humano en el Diluvio sólo se salvaron en una barca un hombre llamado Coxcox, a quienes otros dan el nombre de Teocipactli, y una mujer llamada Xochiquetzal, los cuales habiendo desembarcado cerca de una montaña, a que dan el nombre de Colhuacan, tuvieron muchos hijos, pero todos mudos, hasta que una paloma les comunicó los idiomas desde la rama de un árbol, tan diversos, que no podían entenderse entre sí".

- 3) En la orilla Sur oriental de la laguna de Ilopango, en jurisdicción de San Emigdio, Departamento de La Paz, se alza a 820 m. sobre el nivel del mar el cerro Cuzcuz, así denominado en memoria y homenaje al Noé de la cosmogonía nahua, eminencia que en otros tiempos debió ser de una altura considerablemente mayor, antes que violentas recrudescencias sísmicas y paroxismos volcánicos indescriptibles, pulverizaran su esbelto cono.

Hacia el Sureste de dicha altura de la Cadena Costera, en la baja costa que se dilata entre los ríos Jiboa y Lempa, habitó la tribu yaqui o pipil de los nonualcos. Nonualco, precisamente, quiere decir: "país de mudos"; y las tradiciones a que aludimos, reseñan una época en que la posteridad del Noé precolombino era sólo de mudos.

Apunta el historiador Clavijero, que a Cuzcuz los indios le daban también el nombre de Teccipactli, apelativo que tiene por etimología: "Lagarto-Divino". Ahora bien: en la vertiente Sur de la laguna de Ilopango, en jurisdicción de San Antonio Masahuat, se abre paso el río Sepaquiapa o (Teucipaquiapa), que en yaqui o pipil quiere decir: "río del Lagarto Divino"

También el abate Carlos Esteban Brasseur de Bourbourg, en su memorable carta al Editor de la Gaceta salvadoreña, de 17 de septiembre de 1856, habla de los sacrificios de doncellas, que en honor de Xochiquetzal -para el caso la mujer compañera de Cuzcuz-, hacían los aborígenes en el borde de la laguna de Ilopango.

Finalmente, la ribera donde Cuzcuz desembarcó estaba "cerca de una montaña, a que dan el nombre de Colhuacan"; y de todos es sabido que uno de los tres protoplasmas de la moderna Ciudad Delgado, y el más importante por cierto, es Aculhuaca, la antigua Aculhuacán. Se requiere, pues, sólo un poco de imaginación, para penetrar en el maravilloso mundo de los mitos y en el insondable misterio de la fábula y de la leyenda!

Fernando de Montessus de Ballore, conde de la desaparecida Borgoña, capitán de artillería francés y "Padre de la Sismología Centroamericana", escribía en 1888 que nuestro monte Cuzcuz, atalaya en las riberas de la laguna de Ilopango, "en las antiguas tradiciones del país, juega el papel de monte Ararat", en donde ancló el acal o "arca" del Noé tolteca.

Queda, pues, para los especialistas en Cosmogonías, la interpretación de estas asombrosas coincidencias y la consiguiente resolución de tales enigmas, antes de que se produzca el próximo e inevitable Atonatiuh o gran Diluvio Universal. Dichosamente, tienen tiempo de sobra para sus cavilaciones!

(Tomado de "El Diario de Hoy", de 8 de enero de 1976).